

# El santo del candado

*Al que antes que en el mundo entró en el cielo  
por la triunfante puerta de una herida  
cantaré, sacra musa, si a mi celo  
viene tu inspiración celeste unida.<sup>1</sup>*

## Una devoción viva

“San Ramón bendito tápale la boca a la chismosa de mi  
S  
cuñada, y no dejes que aparte a mi esposo de sus hijos.”  
Petición como la anterior, escritas sobre modestas hojas de  
cuaderno, sujetas a listoncillos de los que cuelgan también  
pequeños candados —algunos fabricados como exvotos y  
otros verdaderos—, prenden los creyentes con un precario  
alfiler, y la solidez de una fe viva, en los lienzos que cubren  
el altar sobre el que se levanta la imagen del santo; los guía  
la esperanza de conseguir la intervención milagrosa de San  
Ramón. De rodillas, en acción de gracias frente al venerado  
simulacro, suelen encontrarse además parejas satisfechas  
que acuden a presentarle a recién nacidos, alumbrados bajo  
su protección. Así ocurre en el templo de Belén de la Ciu-  
dad de México, erigido sobre la antigua calzada de los Arcos,  
hoy sólo recuerdo del acueducto que remataba en la famosa  
fuente del Salto del Agua.

Para la devoción popular, san Ramón libra de los murmu-  
radores y protege contra la calumnia, como reza la plegaria  
que concluye el cuadernillo de su novena: “pon un candado  
a cualesquier hablador que con su lengua pretenda ha-  
cerme algún mal”.<sup>2</sup> Pero el taumaturgo que, a pesar de  
otros cultos más extendidos y florecientes,<sup>3</sup> todavía goza la  
fama de muy milagroso, no se limita a defender a sus fieles  
contra la maledicencia; también está considerado como  
abogado de los procesados y socorro de aquéllos que sufren  
penas de cárcel, además del patrocinio especial que ofrece a  
las parturientas. Recibe culto, generalmente, en las iglesias

<sup>1</sup> Octavas en honor de san Ramón de Gabriel Bocángel y Unzueta, un gana-  
dor del certamen poético celebrado en Madrid durante las fiestas por la canoni-  
zación del fundador de la Orden de la Merced. Alonso Remón, “Las fiestas  
solemnas de san Pedro Nolasco”, edición e introducción de Luis Vázquez, en  
*Estudios*, Núm. 150, julio-septiembre, 1985, año XLI, p. 211.

<sup>2</sup> *Novena al glorioso san Ramón (No nacido)*. (Con lic. eclesiástica), [s.p.i].

<sup>3</sup> Por ejemplo la devoción a san Judas Tadeo.

mercedarias, se le conoce con el sobrenombre de Nonato y  
su fiesta la celebra el calendario litúrgico el 31 de agosto.

La efigie más común de san Ramón lo presenta como un  
hombre en la plenitud de la vida, ataviado de cardenal o  
con el hábito blanco y el escudo de cuatro barras encarna-  
das en campo de oro, rematadas por una cruz, atuendo ca-  
racterístico de la Orden de Nuestra Señora de la Merced  
Redención de Cautivos Cristianos; viste además, alguna de  
las prendas que distinguen a los príncipes de la Iglesia,  
como el capelo o el manto púrpura. Con la mano derecha  
sostiene una custodia y con la izquierda la palma del marti-  
rio adornada por tres pequeñas coronas, que simbolizan su  
triple carácter de mártir, doctor y confesor; también puede  
aparecer coronado de espinas.<sup>4</sup> Como es tradicional en la  
iconografía católica, se encuentran otras representaciones  
plásticas que ilustran los momentos más significativos de su  
tránsito por el mundo.

## Perfil hagiográfico

La vida de san Ramón Nonato, al igual que la de tantos san-  
tos de la Europa medieval, ha llegado a nuestros tiempos  
como una mezcla de datos históricos, tradiciones contradic-  
torias y sucesos supuestamente milagrosos, que remiten al  
pensamiento de siglos pasados, cuando la precisión de fe-  
chas, lugares y circunstancias no resultaba tan significativa;  
pesaba más el ejemplo edificante ofrecido a los creyentes  
por estos bienaventurados que, con anhelos de eternidad,  
habían entregado su existencia a la práctica constante de las  
virtudes cristianas en grado heroico. Semblanzas de perso-  
najes cuyas versiones orales en múltiples casos tardaban lar-  
gos años, después de su muerte, para quedar establecidas en  
relaciones escritas no siempre coincidentes.

A pesar de la antigüedad de la fundación de la Orden de  
la Merced, que se remonta al año 1218 en Barcelona, no es  
sino hasta principios del siglo XVII cuando las autoridades de  
dicho instituto religioso comprenden la necesidad de oficia-  
lizar los estudios históricos. Nombran entonces al primer

<sup>4</sup> Pedro Francisco García Gutiérrez, “Iconografía mercedaria. Nolasco y su  
obra”, en *Estudios*, Núm. 149, abril-junio, 1985, año XLI, p. 68.

cronista general, fray Alonso Remón, encargado de redactar la historia mercedaria desde sus orígenes. En 1618 se publica en Madrid la primera parte de la *Historia general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*. La obra recoge la versión de la vida del bienaventurado Nonato que se difundirá de la vieja a la Nueva España. Su biografía se divulga aun antes de lograrse su muy tardía y no menos dificultosa canonización concedida por Urbano VIII, en octubre de 1628, simultánea a la del patriarca de la Orden san Pedro Nolasco.<sup>5</sup>

El cronista Remón acumula y discute testimonios antiguos en prueba de veracidad, multiplica las citas de erudición sagrada y las reflexiones piadosas propias de la Contrarreforma utilizando un discurso que recrea las preocupaciones espirituales del ambiente de la España barroca.<sup>6</sup> Todo para delinear la figura de un santo medieval, en quien el Altísimo ofreció tantas muestras de predestinación.

Hacia el año 1200, en el caserío de Portell, diócesis de Solsona en la provincia catalana de Sagarra, vino al mundo el futuro santo en el seno de una familia noble pero de escasa hacienda. Su madre, en los últimos meses de la gravidez, contrajo una grave enfermedad que la llevó a la muerte sin haber logrado dar a luz; como el futuro padre no se resignara a dejarla sepultar antes de saber lo que guardaba en las entrañas, uno de los presentes tomó un puñal y le abrió el vientre:

Apenas pues se dio el golpe, cuando por la misma herida sacó los brazos y cabeza un niño hermosísimo, dando en las primeras lágrimas, como una querrela y queja de la muerte temporal, y del limbo, pues querían para prenda suya, la que tenía Dios escogida para enriquecer con ella una silla de algún aventajado Serafín en el cielo, con especial aureola de su martirio.<sup>7</sup>

Debido a las circunstancias especiales de su nacimiento, le vino al bautizado como Ramón el sobrenombre de Nonato; también surgió así la creencia de la especial protección del santo para las mujeres en trance de parto.

Desde pequeño Ramón mostró una natural inclinación a los estudios pero el amor de su padre era tan grande que prefirió destinarlo a guardar un hato de ovejas antes que dejarlo partir a lejanos centros educativos. Modelo de obediencia filial, el infante se resignó a trabajar en el campo. Durante sus soledades pastoriles encontró consuelo espiritual en una devoción creciente a la Virgen María, única a la que reconocía por madre y a quien veneraba en una imagen albergada en la ermita de San Nicolás de aquella comarca.

Ante la inocencia, la piedad y el recogimiento interior de

<sup>5</sup> Para las dificultades que la Santa Sede opuso a la canonización, que finalmente no se realizó por la vía ordinaria, véase Gabriel Téllez, *Historia General de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes*, introducción y edición por Manuel Penedo Rey, 2 vols., Madrid, Revista Estudios, 1973-1974, vol. II, pp. 545-547.

<sup>6</sup> La vida de san Ramón ocupa buena parte del libro tercero de la citada primera parte de la *Historia* de fray Alonso, del folio 91 al 127.

<sup>7</sup> *Ibidem*, f. 92v.

aquél que todavía era un niño, el Demonio decidió tentarlo y para ello tomó la figura de pastor. El seductor con mañosa labia intentó despertarle escrúpulos acerca de la salvación de su alma a causa de la vida rústica que llevaba, carente del auxilio de maestros y guías espirituales; llegó a sugerirle que el oficio pastoril podría prestarse a innumerales deshonestidades. Ramoncillo no quiso seguir escuchando y se alejó mientras invocaba a la Reina de los Ángeles. El fingido pastor desapareció en medio de las consabidas muestras de estruendo, humo y fetidez propias de su procedencia infernal. Vencido el adversario Ramón se entregó con mayor fervor al amor de María. Entonces la Madre de Dios se le presentó visiblemente para hacerle saber que lo había adoptado por hijo. A partir de ese momento el bienaventurado mozo permaneció largas jornadas en la ermita y olvidó el cuidado del rebaño, por lo que otros pastores llevaron la queja de aquella aparente negligencia a su padre. Éste quiso cerciorarse y vino a descubrir que mientras Ramón oraba un ángel apacentaba el ganado.

Durante uno de los coloquios celestiales la Virgen le manifestó al adolescente que si quería agrada la perseverara en la pureza y guardara su virginidad; también le inspiró a abrazar el hábito de la recién fundada Orden de la Merced. Ramón logró el consentimiento paterno para entrar de religioso gracias a la intervención del conde de Cardona, señor de la provincia, que enterado del propósito del pastor lo tomó bajo su protección y se encargó de proporcionarle los medios para realizar estudios de filosofía y teología.

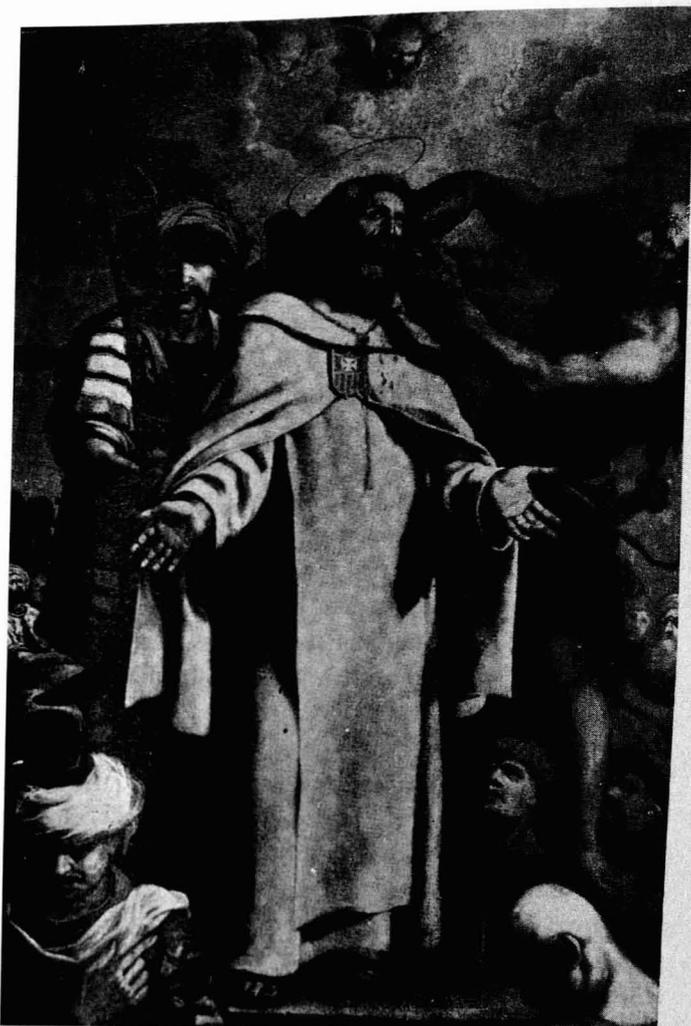
Cuando contaba con 21 o 22 años Ramón recibió el hábito en Barcelona probablemente de manos del propio fundador de la Merced, Pedro Nolasco. Desde novicio resplandecieron en el Nonato las virtudes de la humildad, obediencia y castidad; ya profeso se distinguió por su vida penitente, aunque discreta.

Como la Orden mercedaria se había establecido con el propósito de redimir a los cautivos cristianos bajo el poder musulmán, sus religiosos añadían a los votos monásticos uno que les era distintivo: el de sacrificar, en caso necesario, su libertad personal con tal de rescatar a los prisioneros que, además de sufrir todos los males de la esclavitud en tierras sarracenas, se encontraban en peligro de apostatar.

De dos en dos partían los elegidos como redentores, entre los religiosos de mayor celo en la fe, entendimiento y valor, a los dominios del Islam. Eran los encargados de pagar, con el producto de las limosnas de quienes amparaban esta obra de misericordia, el precio impuesto a la liberación de los cautivos y de conducirlos de regreso al mundo cristiano.

Ramón vio por fin colmados sus deseos de dar testimonio de la fe entre enemigos al ser nombrado redentor fray Serafín<sup>8</sup> que, conoedor del temple del joven sacerdote, lo pidió por compañero. Varias veces salió de la cristiandad, tanto a los reinos musulmanes de España como a las costas

<sup>8</sup> También futuro mártir y santo.



Vicente Carducho (1576-1638) *Martirio de san Ramón Nonato*, primer tercio del siglo XVII. Iglesia de San Jerónimo de Madrid.

de África. Durante estas redenciones, además de conseguir la libertad de muchos cautivos, obtuvo la conversión de algunos moros y judíos, siempre con riesgo de perder la vida. Por fin viajó a Argel, por el año de 1233, como redentor titular.<sup>9</sup> Esta vez el caudal para los rescates se agotó pronto y el religioso tuvo oportunidad de ejercitar el voto mercedario. Así se quedó como rehén mientras se conseguía en España la cantidad que adeudaba, y decidió aprovechar su estancia, tanto para consolar a los que seguían prisioneros como para discutir con judíos y mahometanos acerca de la falsedad de las creencias que profesaban. Su afán evangelizador logró convertir a una docena de individuos importantes o nobles, a quienes bautizó. Las autoridades indignadas estuvieron a punto de mandarlo empalar pero se conformaron con propinarle una terrible paliza. No obstante las advertencias del gobernador, fray Ramón siguió predicando en público las bondades del cristianismo y animando a los cautivos a perseverar en la fe. El éxito que tenía entre sus cada vez más numerosos oyentes de las tres religiones, motivó la aprehensión del mercedario. El cadí lo sentenció a ser

azotado desnudo en la plaza del mercado y a que le barrearán los labios para echarle un candado a fin de imponerle silencio. Luego lo encerraron incomunicado, en una mazmorra, con la prohibición, bajo pena de muerte, de no tratar ni por señas ni por escrito ni de ninguna manera la doctrina de Cristo. El mártir cayó en éxtasis. Los carceleros, al llevarle de comer, descubrieron palabras milagrosamente escritas en la pared del calabozo y lo oyeron dar voces aunque tuviese sellados los labios: "Vuestra palabra, Señor, para siempre dura."<sup>10</sup> Entonces recibió nuevos golpes y además del candado le cosieron los labios con unas agujas de acero. El tormento se prolongó por ocho meses sin lograr rendir su voluntad evangélica, hasta que, pagado el rescate, le quitaron el candado y pudo volver a Cataluña. La ciudad de Barcelona lo recibió en triunfo.

La fama del mártir se extendió por la cristiandad y llegó a oídos del papa Gregorio IX, que lo elevó a la dignidad cardenalicia. Sin embargo, fray Ramón se quedó a vivir en su convento como el más humilde religioso. Desde entonces empezó a obrar milagros, pues nunca careció del favor divino.

Un día de invierno muy lluvioso encontró por la calle a un anciano, tan pobre que no tenía con que proteger sus venerables canas. El cardenal se despojó del capelo y se lo puso al viejo. Esa noche, después de mucho meditar sobre el remedio para los necesitados, cayó en éxtasis y vio a unas damas que intentaban coronarlo con una guirnalda de flores, pero no lo permitió; luego el propio Cristo le ofreció su corona de espinas y aunque se sentía indigno de tal presea la aceptó. Desde aquel momento sufrió de unos notables dolores de cabeza que le duraron hasta la muerte.

Creció tanto la reputación de santidad del cardenal que el pontífice le ordenó acudir a Roma. Dispuesto como siempre a obedecer, con la bendición de Pedro Nolasco, emprendió el viaje. De paso por el palacio de los condes de Cardona enfermó y aunque los médicos no diagnosticaron nada grave, insistió en que le administraran el viático. Como tardaran en traerlo el santo estaba muy afligido. Entonces se vio entrar en el aposento donde yacía una procesión en apariencia formada por los hermanos de su hábito pero en realidad compuesta por ángeles que escoltaban a Cristo, que le llevaba la eucaristía. Ramón se arrojó al suelo y consumió extasiado la hostia. Poco después de salir el celestial acompañamiento, el santo expiró "quedando su rostro hermoso y resplandeciente, y con una serenidad y alegría notable".<sup>11</sup> Era el último domingo de agosto y a pesar del fuerte calor estival y de los días que tardó en sepultarse, porque todos querían darle un último adiós, sólo se percibía en su entorno una suave fragancia: el olor de santidad. Tanto los condes de Cardona como los mercedarios de Barcelona reclamaron el cuerpo; entonces se decidió dejar en manos de Dios el destino de su reposo. Pusieron el cadáver en una

<sup>9</sup> Otros autores como Téllez, *op. cit.*, vol. 1, p. 102, afirman que esta redención fue en Túnez.

<sup>10</sup> Remón, *op. cit.*, f. 106v, cita para ilustrar el arrobo del santo textos del salmo 118.

<sup>11</sup> *Ibidem*, f. 115.

caja sobre una mula, a la que le habían sacado los ojos y acordaron que donde ella parara lo depositarían. El animal caminó hasta la ermita de San Nicolás, sitio de las más tiernas devociones de Ramón, y ahí reventó. Con el tiempo, sobre la tumba del santo se edificó una iglesia y un enorme monasterio de la Orden de la Merced que todavía lleva su nombre.

### San Ramón en México

Si bien Ramón Nonato fue por siglos reconocido como santo por los mercedarios y no le faltaron devotos en Cataluña, donde se le atribuyen cuantiosos milagros, algunos obrados por virtud del contacto con sus reliquias, la extensión de su culto al resto de España parece relacionarse con la época en que se le canonizó. El proceso de su adopción en el santoral de la religiosidad popular novohispana probablemente dio inicio a partir de las fiestas que, como un eco de las celebradas en Madrid en abril de 1629 por la canonización del patriarca Nolasco, festejaban al mismo tiempo la del primer mártir y cardenal de la Orden.<sup>12</sup>

En enero de 1633 la Ciudad de México, aliviada de las inundaciones que había sufrido en años anteriores, pudo prestarse a la realización de los festejos consistentes en solemnidades litúrgicas, con la participación de notables predicadores; procesiones por las calles, corridas de toros, escenificación de comedias y un certamen poético. Actos en los que colaboraron las autoridades diocesanas, otras órdenes religiosas, la Universidad y el cabildo secular, y que se vieron honrados con la asistencia del virrey. Aunque en los testimonios conocidos de estas celebraciones toda la atención parece centrada en san Pedro resulta lógico suponer que, como había ocurrido en Madrid, el Nonato estuviera de alguna manera presente;<sup>13</sup> como también debió suceder en la solemne dedicación del templo de la Merced de México, en 1654, cuyos festejos se iniciaron el 31 de agosto,<sup>14</sup> día en que la Iglesia conmemora su glorioso tránsito.

Por las mismas décadas la Orden mercedaria trataba de dar efecto al deseo de fray Alonso Enríquez, obispo que había sido de Cuba y de Michoacán, de fundar un colegio,

<sup>12</sup> *Ibid.*, nota 1.

<sup>13</sup> Fray Francisco de Pareja autor de la *Crónica de la provincia de la visitación de Ntra. Sra. de la Merced redención de cautivos de la Nueva España*, terminada en 1687, hace una relación sucinta de estas fiestas, pero no alude a san Ramón. México, Archivo Histórico del Edo. de San Luis Potosí, 1989, vol. 1, pp. 505-518. Mariano Beristáin de Sousa recoge los títulos de un panegírico latino del médico Antonio Rumbó y un sermón del agustino fray Miguel Sosa, publicados en aquella ocasión en honor de san Pedro Nolasco. También da la noticia de un manuscrito de fray Juan de Alaves, titulado: *Relación historiada de las solemnes fiestas, que se hicieron en la Ciudad de Méjico al glorioso San Pedro Nolasco. Dedicada al Exmo. Señor D. Lope Diaz de Armendariz, Virey de la Nueva España*. Obra que, de encontrarse, aclararía el papel de san Ramón en tales festejos. *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, México, UNAM/Inst. de estudios y documentos históricos, 1980-1981, vol. III, pp. 88 y 180, vol. I, p. 39.

<sup>14</sup> Pareja, *op. cit.*, vol. II, pp. 150-161.

bajo la advocación de san Ramón, para jóvenes pobres naturales de aquellas diócesis que quisieran estudiar jurisprudencia. El establecimiento empezó a funcionar en marzo de 1654 y perduró hasta el siglo XIX.<sup>15</sup>

En la literatura piadosa de la época, escrita en la Ciudad de México, es posible encontrar algunos textos dedicados al mártir del candado; como una *Vida de S. Ramón Nonato en dísticos latinos* del comendador del convento mercedario de las huertas de Tacuba, fray José Bermúdez, compuesta en la primera mitad del siglo XVIII;<sup>16</sup> o el *Devocionario de S. Ramón Nonnato* publicado por el presbítero Manuel Pérez, capellán del Hospital de Jesús y del monasterio de religiosas de Santa Inés.<sup>17</sup>

Si bien el perfil del santo se ha prestado para el desarrollo de diversos atributos como procurador de la protección divina y la devoción general le reconoce la especial ayuda que brinda a las futuras madres, quizás el aspecto más curioso sea el auxilio que esperan de san Ramón los calumniados. En la versión que se difundió de su vida, el cronista menciona sólo un suceso relacionado con la maledicencia. Un caballero apuñaló a su esposa a resultas del falso testimonio de adulterio levantado por sus criados. El uxoricida, arrepentido, buscó refugio junto al cardenal pero el santo le respondió: "como fue falsa la información, lo han sido las heridas; allí no había verdad ni aquí sangre".<sup>18</sup> Incrédulo, el marido volvió a su casa donde encontró sana a la inocente mujer; habían huido los falsarios. El mismo autor, más adelante, al practicar un recuento de los prodigios que se le atribuían a principios del siglo XVII, escribe que ha obrado muchísimos, en cuanto a curar y hasta resucitar animales domésticos, además de la cantidad de mujeres preñadas en peligro que ha salvado. Respecto al socorro de perseguidos por falsos testimonios sólo menciona, como una novedad, que otro escritor ha hecho una afirmación en este sentido.<sup>19</sup>

Lo que sin duda constituye una interpretación de la religiosidad popular es la contradictoria identificación entre el instrumento del martirio, causado por hacer pública profesión de fe, con la facultad que siglos después se le atribuye de tapar la boca a los maledicentes. La figura del mártir se imagina más noble al asumirse como símbolo de la libre expresión comprometida con un tipo de pensamiento. Sin embargo, el desarrollo de su culto, al reproducir necesariamente las características culturales de sus devotos, se relaciona de manera más elemental con la vida cotidiana. Siempre serán minoría los humanos dispuestos a morir por sus convicciones, en cambio ¿a quién no ha intentado manchar alguna vez la calumnia? ♦

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 136-149.

<sup>16</sup> Beristáin, *op. cit.*, vol. I, p. 185.

<sup>17</sup> *Ibidem*, vol. II, p. 473. No aparecen los datos de la edición.

<sup>18</sup> Remón, *op. cit.*, vol. I, f. 111-111v.

<sup>19</sup> *Ibidem*, f. 116v.